

SOBRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO*

José Perrés**

"... porque el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano".

Jorge Luis Borges

"Todo se derrumbó dentro de mí". Con este estríbillo, proveniente de una canción popular, empieza Elena Poniatowska el hermoso prólogo que escribió para este libro.

Han pasado poco más de dos años desde la tragedia, un tiempo breve, muy breve, pero nos fue necesario olvidar, tapar. . . Debo confesar que tuve que hacer un verdadero esfuerzo, al ser invitado a la mesa redonda de presentación del libro, para recordar lo vivido, para recapitular lo que fue mi participación personal y profesional, como integrante del Círculo Psicoanalítico Mexicano, en los intentos de brindar nuestra ayuda a los damnificados, como "profesionales de la Salud Mental". Esta denominación tan "sonora", tan "contundente" y aparentemente tan "técnica", se halla magníficamente cuestionada por el libro. Recordamos al leerlo todas nuestras angustias ante el sismo, nuestros intentos de negar su importancia, minimizarlo, nuestros esfuerzos iniciales por seguir viviendo "como si no hubiera pasado nada" o, por otra parte, la de brindarnos espontáneamente, en forma tan desorganizada como

ineficaz. Tuvo que transcurrir un largo tiempo —que supimos racionalizar muy bien, incluso "teorizar"— para darnos cuenta cuál podía ser la dimensión real de nuestra colaboración, reasumiendo nuestra identidad profesional, la que parecía haberse derrumbado junto con las casas y las esperanzas.

Nos encontramos ante un libro valioso y necesario, aunque también, como lo veremos, insuficiente. Podemos agregar, aunque parezca paradójico, que afortunadamente resulta insuficiente. Porque sus limitaciones son precisamente las que le permiten abrirse a nuevas reflexiones, a nuevas preguntas, a buscar integrar otros puntos de vista, otras dimensiones de análisis que nos permitan acceder a una visión menos parcializada y reductora de la realidad estudiada.

Por ello, su mayor valor radica precisamente en su modestia, en su falta de pretensiones, en no buscar dar respuestas "definitivas" —siempre ilusorias— a nuestras búsquedas como profesionales "Psi".

Pero, en aras de ser claro, empecemos destacando los innumerables méritos y aciertos de la obra partiendo de una aclaración necesaria: su prólogo, sus ocho capítulos y sus tres apéndices merecerían un exhaustivo análisis en el que se debatieran paso a paso todas las contribuciones que en él aparecen. Cada ensayo necesitaría de una larga reseña crítica por separado para luego entrar al análisis general de los aportes del libro en su globalidad. Como en todo libro colectivo cada lector pondrá el acento y el aprecio sobre al-

* Algunas reflexiones en torno al libro *Psicología para casos de desastre*. Libro colectivo de M. Campuzano, J.A. Carrillo, I. Díaz Portillo, R. Döring, M.A. Dupont, L. Islas, A. Jinich, C. Pardo, A. Siniego, J. Tubert y colaboradores. Edit. Pax. México-México-1987. Esta reseña del libro se apoya en la exposición verbal a mi cargo que, en forma espontánea, fue pronunciada en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG), el día 26 de enero de 1988, en la mesa redonda en que se presentó.

** Profesor del Departamento de Educación y Comunicación UAM-X.



gún artículo en especial, pero ninguno dejará de reconocer el valor de todo el libro, su unidad en la diversidad, su fuerza, su poder evocador, la honestidad y sencillez con la que fue escrito, las líneas de reflexiones que con él se abren, a la par que la belleza literaria de muchos de sus capítulos.

Por ello, ante la imposibilidad de que una simple reseña se convierta en un extenso ensayo, deberemos conformarnos con menciones muy someras sobre algunos de sus capítulos. Más que hacer un análisis de los mismos, ejemplificaremos con los mismos determinadas ideas haciendo meras alusiones a algunos de los ensayos contenidos en la obra.

Digamos que el libro está estructurado en cinco partes. La primera, dedicada a la crónica, se halla integrada por un sentido aporte de Rosa Döring que, en su franqueza y emoción, provoca una inmediata identificación que nos sumerge en recuerdos y angustias de ese período.

La segunda parte, titulada "Teoría", comprende un minucioso e importante ensayo de Mario Campuzano. Con gran rigor, a la vez que con extrema claridad, el autor tipifica, analiza y define los desastres, su epidemiología, las reacciones psicológicas ante ellos, la neurosis traumática, el duelo, la crisis y las intervenciones terapéuticas en crisis, entre otros temas candentes.

En la tercera parte, de "Intervenciones terapéuticas", se presentan tres trabajos clínicos: el primero de Isabel Díaz Portillo quien, en forma por demás excelente, nos introduce a la psicopatología del "síndrome de stress postraumático" y a su abordaje psicoterapéutico, ilustrando con claros ejemplos su propuesta terapéutica. Le sigue una reflexión de Juan Tubert, tan lúcida como significativa, sobre los alcances y las limitaciones que la formación y la práctica como psicoanalistas nos brinda frente a las situaciones catastróficas. Estas exigen, inicialmente, más rapidez y decisión que las lentas perlaboraciones a que nuestra profesión nos tiene acostumbrados. Laura Islas y Carmen Pardo nos describen sus sugestivas consideraciones a partir de una experiencia terapéutica efectuada con niños en una escuela activa.

En la cuarta parte, dedicada a la problemática de la capacitación y formación, encontramos tres ensayos. El primero, de Adela Jinich y Alberto Siniego, nos habla de las distintas intervenciones grupales efectuadas por los autores según el modelo terapéutico GIN/GAP (Grupo Infantil Natural, Grupo Analítico de Padres) y los efectos multiplicadores de dicha forma de capacitación, modelo imprescindible para la urgencia requerida. "Aprendizaje de emergencia para actuar en emergencia", como ellos mismos lo sintetizan en una ajustada fórmula.

El segundo ensayo de esta parte del libro fue escrito por Marco Antonio Dupont y lleva como título: "Una técnica de capacitación para promotoras de salud mental en situación de crisis". (Por un lamentable error tipográfico, se omitió en este capítulo el nombre de su autor.) Dupont describe cómo, siguiendo el Modelo GIN, del que es



co-autor desde hace muchos años, generó una técnica de capacitación para situaciones de urgencia, modelo de mucho interés, que merece meditar en todas sus facetas, incluyendo sus logros pero también sus dificultades y aporías. El último capítulo, de Jose Antonio Carrillo relata y analiza con mucho detenimiento el proceso de constitución y los resultados de los seminarios de formación de emergencia que, con características de aprendizaje teórico-vivencial, tuvieron lugar en AMPAG. Sus reflexiones constituyen, a nuestro entender, uno de los aportes más trascendentes del libro, al marcar los diferentes planos y niveles de análisis en juego y su necesaria delimitación.

La quinta y última parte del libro está constituida por varios apéndices. Algunos ilustran nuevas facetas de la labor de equipo coordinada por el Dr. Dupont y otros, de mucha actualidad, sintetizan en forma clara la información general sobre terremotos y las medidas de urgencia y recomendaciones que deben ser adoptadas por la población en casos de siniestros graves.

Es preciso agregar, luego de haber mencionado a vuelo de pájaro el armazón formal del libro reseñado, que en el relato tan vívido de infinidad de experiencias personales y profesionales de los autores, a raíz del sismo, la división formal no puede ser mantenida totalmente. Es así que encontramos múltiples aportes teóricos a lo largo de los diferentes ensayos en las distintas partes del libro. Al igual que los trabajos vinculados a la capacitación nos hablan permanentemente de los niveles de intervención terapéutica, los relatos clínicos no dejan de esbozar consideraciones muy valiosas sobre el problema de la capacitación de trabajadores de salud mental para casos de desastre. En el libro, como en la realidad misma, los planos no pueden (ni deben) separarse rigidamente.

Muchos son los niveles de análisis y las perspectivas desde las que podemos repensar las contribuciones de este libro colectivo. Veamos, en forma rápida, algunos de ellos.

A nivel teórico, el libro nos aporta valiosas consideraciones y actualizaciones sobre lo que significan las situaciones de catástrofe y sus repercusiones psíquicas en la población. No estamos tan acostumbrados, como psicoanalistas, a trabajar sobre lo que tradicionalmente se ha denominado "neurosis traumática" y que ahora, con mayor precisión, se especifica como el "síndrome de stress postraumático". No habíamos tenido la oportunidad, en México, de pensar este problema a nivel masivo, como lo han tenido que hacer colegas de países hermanos en América Latina, que vivieron los efectos devastadores de guerras o de terrorismos de Estado. Nuestro conocimiento de estos temas no iba más allá de las formas de "Psicoterapia breve" (que nunca es realmente "breve", sino de objetivos limitados, como bien lo sabemos) o, en casos muy esporádicos, de "Psicoterapia de emergencia". En este plano, pues, es mucho lo que debemos pensar o repensar, y también aprender, para prepararnos para futuras emergencias. El libro contribuye a ello, especialmente en los excelentes trabajos de Campuzano o de Díaz Portillo, por citar tan sólo unos pocos ejemplos.

¿Cómo responder técnicamente a las urgencias? En el *plano técnico* encontramos muchas respuestas posibles en la obra en cuestión. Técnicas de movilización, técnicas informativas y formativas, técnicas psicoterapéuticas, técnicas expresivas, pedagógicas, etc. La lista de las técnicas que son mencionadas y que fueron utilizadas en las distintas intervenciones efectuadas por los autores puede ser muy extensa. Por ejemplo, el Modelo GIN, Grupos Operativos, Grupo Balint, Grupos de discusión, Grupo "Mamut", psicoterapia breve individual y grupal, técnicas de intervención en crisis, técnicas proyectivas, etc. Todo ello empleado en planos que van desde la movilización, la expresión, la catarsis concomitante, la perlaboración, etc.

Tal vez la conclusión más evidente que se desprende de la lectura del libro es que las técnicas utilizadas pueden ser múltiples, y muy variadas. Pero su elección debe responder a una adecuada lectura clínica situacional, siempre supeditada a una comprensión psicoanalítica y a objetivos bien delimitados a nivel teórico. Lo que está excluido definitivamente es la respuesta técnica estereotipada y programada. Para actuar en situación de emergencia se requiere de una gran plasticidad y de una verdadera re-creación de los instrumentos técnicos necesarios a cada situación, de acuerdo a nuestra comprensión teórico-clínica. En ese sentido la experiencia clínica hospitalaria, abierta a mil avatares cotidianos, y la formación como terapeuta de grupo, con encuadres menos fijos que el análisis individual, resultan de inapreciable ayuda para trabajar con la plasticidad necesaria.

Otro plano fundamental de aporte del libro consiste en su *valor documental*, en su impacto sobre nuestra memoria. En hacernos recordar lo que tan fácilmente tendíamos ya a olvidar. En una palabra, en luchar contra el olvido que caracteriza defensivamente a nuestro modo de operar psíquico. Desde luego todo ayuda a ello. Basta mirar los parques y jardines en que se han convertido muchos complejos habitacionales derrumbados. Ninguna huella quedó. . . Y aún más, hasta se podría pensar, sin evidenciar por ello ningún rasgo paranoide, que muchos intereses se conjugaron para que no quedaran huellas ni recuerdos del terremoto, ni de lo que éste reveló estructuralmente. Por ello "Psicología para casos de desastre" (qué lástima este título tan "comercial" que sustituye el elegido inicialmente, citado por E. Poniatowska: "Tras el sismo: intervenciones psicoterapéuticas y formativas", mucho más preciso y adecuado) constituye un verdadero bastión contra la desmemoria, en la que confluyen tantas vertientes.

Pero los aportes del libro no terminan allí. Leyendo sus páginas (lectura muy placentera, hay que subrayarlo) nos vemos enfrentados, o reenfrentados, a candentes preguntas sobre *nuestra inserción como profesionales "Psi"*: psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas, psicopedagogos, etc. El sismo nos cuestionó profundamente en nuestra identidad profesional, en especial la psicoanalítica, tan claramente atada a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, por ser una profesión liberal —la última tal vez— vigente tan sólo en las grandes urbes industrializadas del mundo capitalista. En el libro se habla a menudo de los "promotores de Salud Mental", lo que conllevaría una definición del ámbito "Psi" (o por lo menos de una parte del mismo) como "Trabajadores de Salud Mental", como nos sentíamos, en el Cono Sur, en los duros años 70, con toda la carga de ilusiones, de esperanzas, que la triste realidad represiva se encargó de derribar, o por lo menos de aplazar.

¿Somos realmente trabajadores de la Salud Mental? Es cierto que lo fuimos, durante el período posterior al sismo. ¿Lo seguimos siendo? El libro nos abre a la reflexión, a la reconsideración de nuestros valores, de nuestra inserción social como profesionales. Y este cuestionamiento a las posibles inercias profesionales constituye un nuevo mérito del libro, el que no siempre está claramente explicitado, pero que no puede dejar de leerse entre líneas.

Pero, como antes decíamos, el libro no pretende ser globalizador ni dar respuestas a todas las interrogantes. Algunas que resultan fundamentales sólo quedan esbozadas. Otras están tapadas, obturadas por momentos.

Tal vez ha sido Carrillo, al sintetizar la dinámica de los "seminarios de formación de emergencia" que se realizaron en AMPAG, quien ha puesto más profundamente el dedo en la llaga. Carrillo nos recuerda lo que fue una evidencia, y las evidencias demasiado notorias suelen olvidarse muy pronto: *el sismo debe ser leído como un analizador generalizado*. El terremoto reveló

grietas, muchas grietas, no sólo en las casas. . . Hizo "hablar" a las estructuras institucionales y sociales, descubrió—develó lo encubierto, nos dice brillantemente el autor.

Y este abordaje nos muestra la fragilidad de nuestra lectura "Psi", la que —si bien imprescindible— no puede dar cuenta de una compleja realidad en la que se articulan muchos planos de análisis.

Tomemos un solo ejemplo muy sencillo: relatan Jinich y Siniego cómo en algunas de sus intervenciones en escuelas y albergues, los niños estaban más atentos a "apropiarse" disimuladamente del material de juego (plastilina, lápices de color, etc.) que en atender las "interpretaciones" de los coordinadores. Hubo que aplacarlos diciéndoles que se les regalaría luego ese material, para poder continuar el trabajo. Se abre aquí otra dimensión, además de la del deseo, con la que — como psicoanalistas— estamos acostumbrados a trabajar: la de la necesidad. Sabemos que algunas corrientes psicológicas, que rechazan al psicoanálisis, creen ingenuamente que la satisfacción de la necesidad resuelve todos los problemas psicológicos. Una concepción tan simplista nos resulta inadmisibles. Pero, ¿están tan claras las articulaciones entre necesidad y deseo,

por más que las teorícamos con múltiples "fiorituras" desde Lacan? ¿El sismo no fue un cuestionador muy severo de nuestras "certezas" teóricas? Y aquí se separan dos planos muy claros: todo aquel que intentó ayudar a los damnificados del terremoto, a nivel individual y grupal, *trabajando sobre los efectos psicológicos del mismo*, lo pudo hacer —como bien lo revela el libro reseñado— a nivel de distintas técnicas psicoterapéuticas. Pero quienes concurren a albergues y se enfrentaron a la situación de los albergados tuvieron necesariamente que visualizar otras dimensiones de análisis, las que no pueden contestarse exclusivamente desde el nivel de lo psíquico, a menos que se incurran en gravísimos reduccionismos.

Resultaba evidente para cualquiera que se imponía una doble lectura (por lo menos): una lectura de la dimensión psicológica y otra de la dimensión social, para poder pensar luego sus complejas e intrincadas articulaciones. En una palabra, toda intervención con intenciones de ayudar psicológicamente a los albergados, terminaba siendo también —queriéndolo o no— una intervención socioanalítica, pero sin tener la preparación teórica y técnica para realizarla.

Es así que en muchas partes del libro se hacen adecuados análisis de los factores transferenceles, contratransferenceles, intertransferenceles (según la concepción de Käes) pero sólo se menciona al pasar el análisis de la implicación "del trabajador de salud mental". Y el análisis de la implicación, con su espectro de líneas de investigación (entre ellas nada menos que la implicación institucional) nos abre a dimensiones muy diferentes que no se hallan contempladas en el texto referido y que constituyen un verdadero desafío para todos los "habitantes" del mundo "Psi" mexicano.

Con sólo recordar la división que propone Loureau entre el análisis del encargo social, siempre previo a la intervención, y el de las demandas — múltiples y contradictorias— que surgen durante la intervención, nos damos cuenta de todo el camino que deberemos recorrer. Camino que significa en primer lugar delimitar claramente los niveles de análisis, reconociendo nuestros límites para ir más allá de nuestro reducido nivel de análisis "Psi" con el que, a veces, pretendemos cubrir toda la compleja realidad.

Digamos, para terminar, volviendo al tema de la memoria y el olvido, que Freud nos ha enseñado que lo que tiene un efecto permanente sobre el psiquismo es justamente lo que intentamos "olvidar" reprimiéndolo. De allí la fórmula muy gráfica que los autores mencionan en el libro: "Recordar para olvidar", desde la que se trató de ayudar a los damnificados. Esperemos, sin embargo, y tal vez como expresión de deseos, que este libro que nos hace recordar todo lo vivido a partir del terremoto, no nos ayude a olvidarlo, sino a analizar más y mejor todas las implicaciones y sobredeterminaciones que hablaron en él.

